

Lo llenan de colores verdaderos.

“— ¿Cómo se le ocurrió la idea de definir la filosofía como un asesino serial?

—Por las muertes del posestructuralismo y de la modernidad: muerte del sujeto, del hombre, del autor, de la historia, de los grandes relatos. Toda esa serie de muertes me permitieron pensar esta etapa de la filosofía como asesino serial, y a Jack el Destripador como el primer deconstrutor de la historia. Hay una frase que dice Jack el Destripador, que bien la puede haber dicho Derrida: “Vayamos por partes”. Y también porque todo filósofo viene a inventar el mundo de nuevo, y si vos venís a inventarlo, venís a matar a los que te precedieron.”

Quizás José Pablo Feinmann tenga razón. La filosofía es un asesino serial. Para reinventar el mundo, el filósofo *mata* a quienes lo precedieron. ¿Pero sólo eso es?

En charlas interminables con la Bardaro vía mail, en las que hemos cuereado a dios y a maría santísima, mientras yo le narro los laberintos que inventamos con Marcel para no estar siempre tan en desacuerdo y así *domesticarnos*, la Bardaro me da fuerzas para no caer, distinguiendo lo que asfixia de lo que permite respirar. Ese pulmотор que ella me presta, ¿no es filosofía también?

Pero otras veces, la filosofía compite con el cine de terror. En nuestra Facultad, émulos de Freddy Krueger planifican cada tarde espeluznantes estrategias para aplastar todo brote de creatividad en sus alumnos, esa serpiente tan temida. Ese terrorismo, ¿no será filosofía también?

¿Y no será la filosofía también, y en sus mejores momentos, una forma suprema de la felicidad? Cristina tiene 17, Pato 16 y están enojadas conmigo porque “me hago el misterioso”, ellas sólo quieren saber “cuál de las dos tiene razón”, ellas sólo quieren dirimir si el libertinaje tiene o no tiene que ver con los factores socioeconómicos y yo “me hago el misterioso”. Les explico que no puedo decirles quien tiene la verdad porque esa palabra nos queda grande, y a nadie le pertenece por completo. Porque a Marcelito tampoco le hubiese gustado que lo adoctrinaran así, desde un púlpito, cuando Marcelito estaba en cuarto año y repetía *como un lorito* estúpidas fórmulas de matemática financiera y despreciaba toda forma de autoridad y vivía al borde de la (merecida) expulsión. Arranco dos hojas y les improviso un cuadrito con circulitos y nubes y flechas, y los ojos adolescentes se les agrandan hasta cubrir el cielo y lo llenan de colores verdaderos, y de a poco me van perdonando el falso suspenso. Comienzan a descubrir con asombro que “ella es más relativista, y yo más... absolutista”. Y ahora esas dos herramientas las pone en un diálogo infinito con el pasado que todavía empecinadamente somos, el fuego de Heráclito siempre vivo. Y también las pone a dialogar consigo mismas, porque mientras Pato se tienta en responsabilizar a los padres por su tendencia a “pensar en absolutos” (también en “*Episodio III: La venganza de los Sith*”, George Lucas le hará decir al más cruel de los villanos, al funesto Darth Vader -que alguna vez fuera Anakin, pero Anakin ya no existe, el odio lo fue consumiendo, se fue muriendo hacia adentro- “Maestro: si no estás conmigo, entonces eres mi enemigo”. Y el más noble de los nobles, ese maestro Zen futurista que se llama Obi-Wan Kenobi, le responde que “sólo un Sith -es decir, alguien que vendió su alma al Lado Oscuro de La Fuerza-, sólo un Sith piensa y habla *en absolutos*”); mientras Pato se rastrea la sangre, haciendo una arqueología de sus absolutos, Cristina está convencida de que no, de que sólo somos la suma de lo que hacemos para ser lo que somos.

Sofía, mi mestiza, mitad ovejero mitad yuyal, me apoya su hocico pantagruélico, caricaturesco, en la pierna izquierda mientras escribo. Pensé en librarme de ella, pensé en mandarla al “Portal de las mascotas”, pensé en fingir un secuestro express para sacarla de ahí. Pero ella ama lo que yo amo: le gusta el jazz y la Tesis N° 11 sobre Feuerbach, las películas de Woody Allen y el pragmatismo, Kant y las hamburguesas. En domingos lluviosos como este le he recitado con premeditación y alevosía las antinomias de la razón pura para que se vaya, pero ella me retruca con estrofas de “*Durazno sangrando*”, le pregunto de donde diablos sacaste eso si vos no tenés espíritu (así me dijo Max Scheler: ¡Tu perrita no tiene espíritu!, porque parece que a él lo habían mordido de chiquito. Max Scheler es el matafuego de Heráclito. Ya de chiquito le jodía todo lo que hace arder la *vida*. Cuando lo mordieron, él tenía el espíritu sin vacunar y así se le fue secando. Max Scheler es Darth Vader). Sofía, dejá de cantar, vos no tenés espíritu, le digo. Pero ella me bardea en silencio como si pensara: “Todo está lleno de dioses”.

La filosofía es no poder desprenderme de ese maldito animal.

Y la filosofía es también este domingo en que el cielo dibuja incansable en la garúa una figura que no entiendo. Telémaco no buscaba sólo a Ulises, su padre, se buscaba a sí mismo al buscarlo (también lo supo George Lucas: en “*Episodio V: El Imperio contraataca*” Luke Skywalker le corta la cabeza en sueños al malvadísimo Darth Vader sin saber que éste es su padre. Cuando la máscara se rompe asoman azorados los ojos del hijo, el propio Luke, que se está mirando en ese espejo). La filosofía es la voz de mi papá, a quien no le interesaban en absoluto las películas de George Lucas, que ya no podrá leer los poemas que mi hermano Mario escribe para verlo o para verse, rastreándose hacia atrás, para ver en qué episodio de la sangre nos encontraremos, para interrogarse en la garúa de esa Telemaquia que no cesa. Sí, quizás tenga razón José Pablo Feinmann. Quizá la actividad filosófica se parezca a los crímenes artesanales de Derrida o Jack el Destripador.

Lo admito.

Pero para mí, esa tarde, la filosofía estuvo en los ojos enormes de Cristina y Pato, en el silencio respetuoso que todos hicimos porque iba a nacer la palabra. Está en los ojos miel de Sofía, que *sabe* la respuesta a la única pregunta de mi vida, pero se emperrea en no decírmela. Está en la perseverancia perruna con que los amigos hacen esta revista para volver a matar a Freddy Krueger y por eso cada número trae el aroma de ese cadáver exquisito, de una secreta felicidad. Está en la voz de mi papá que ya nunca me preguntará si soy feliz.

Marcelo A. Caparra.